

Eugen Ruge

En tiempos  
de luz menguante

Novela de una familia

Traducción de Richard Gross



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Título de la edición original:*  
In Zeiten des abnehmenden Lichts  
© Rowohlt Verlag GmbH  
Reinbek, Hamburgo, 2011

Publicado con la ayuda del  GOETHE-INSTITUT,  
financiado por el Ministerio de Relaciones Exteriores alemán

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* foto © plainpicture / Stockwerk / Stockwerk

*Primera edición:* marzo 2013

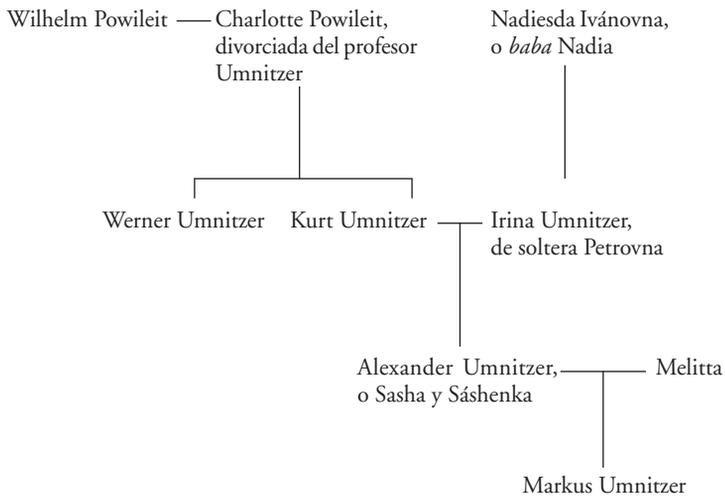
© De la traducción, Richard Gross, 2013  
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2013  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7860-8  
Depósito Legal: B. 1254-2013

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons

# NOVELA DE UNA FAMILIA



*para vosotros*

2001

Dos días había estado tirado como un muerto en el sofá de piel de búfalo. Luego se levantó, se dio una ducha abundante para eliminar hasta la última molécula de aire de hospital, y se fue a Neuendorf.

Tomó, como siempre, la A115. Se asomaba al mundo escrutando si había cambios. ¿Y? ¿Los había?

Los coches se le antojaron más limpios. ¿Más limpios? De alguna manera, más coloreados. Más idiotas.

El cielo, para variar, estaba azul.

El otoño se había colado por la puerta trasera salpicando los árboles de manchitas amarillas. Ya era septiembre. Si le dieron el alta el sábado, hoy debía de ser martes. Durante los últimos días había perdido la noción del tiempo.

Últimamente Neuendorf contaba con su propia salida de autopista —«últimamente», para Alexander, seguía significando «desde la reunificación»—. Uno desembocaba en la misma Thälmannstrasse (seguía llamándose así), cuya calzada estaba recubierta de asfalto liso y tenía franjas rojas de carril bici por ambos lados. Había casas recién reformadas, con aislamiento térmico conforme a alguna normativa de la UE, y construcciones de nueva planta con aspecto

de piscinas cubiertas: villas urbanas, como las llamaban ahora.

Pero bastaba con doblar una vez a la izquierda, seguir unos cien metros por el tortuoso Steinweg y volver a doblar en la misma dirección, para adentrarse en una zona donde el tiempo parecía haberse detenido. Una calle estrecha con tilos. Aceras de adoquines, levantadas por las raíces. Vallas podridas y chinches rojas. Al fondo de los jardines, detrás de la hierba alta, las ventanas ciegas de unas villas por cuya devolución se litigaba en lejanos bufetes de abogados.

Una de las pocas casas todavía habitadas de la zona era la del Fuchsbau, 7. Musgo sobre el tejado, grietas en la fachada. Los saúcos rozaban ya la veranda. Y el manzano que Kurt siempre había podado personalmente elevaba, hecho una maraña, su anárquico ramaje al cielo.

La «comida sobre ruedas», en su envase isotérmico, estaba ya sobre el poste de la valla. Martes, confirmaba el envoltorio. Alexander lo cogió y entró en la casa.

Aunque tenía llave, pulsó el timbre. Para comprobar si Kurt abría. No tenía sentido, sabía que *no* abriría. Pero luego oyó el familiar chirrido de la puerta del pasillo, y cuando miró por la ventanita lo vio aparecer, cual fantasma, en la penumbra del zaguán.

–Abre –gritó Alexander.

Kurt se acercaba con mirada fija y lela.

–¡Abre!

Pero Kurt no se movía.

Alexander giró la llave y lo abrazó, aunque hacía tiempo que le causaba desagrado abrazar a su padre. Olía. Era el olor de la vejez. Anidaba en lo más profundo de las células. Olía incluso recién duchado y después de cepillarse los dientes.

–¿Me reconoces? –preguntó Alexander.

–Sí –dijo Kurt.

Tenía la boca manchada de compota de ciruelas; como siempre, la cuidadora del turno de la mañana había ido con prisas. Llevaba la chaqueta de punto mal abotonada y calzaba una sola pantufla.

Alexander puso a calentar la comida de Kurt. Encendió el microondas desactivando previamente el mecanismo de seguridad. Kurt, de pie a su lado, lo miraba con interés.

–¿Tienes hambre? –preguntó Alexander.

–Sí –dijo Kurt.

–Siempre tienes hambre.

–Sí –dijo Kurt.

Había *gulasch* con lombarda (desde que Kurt estuvo a punto de morir por atragantarse con un pedazo de carne, Alexander sólo pedía comida troceada muy fina). Preparó café para él. Luego sacó el *gulasch* de Kurt del microondas y lo colocó sobre el salvamanteles de plástico Igelit.

–Que aproveche.

–Sí –dijo Kurt.

Empezó a comer. Durante un rato sólo se oía su intenso resoplido. Alexander bebía a sorbitos su café, aún demasiado caliente. Miraba cómo Kurt comía.

–Tienes el tenedor al revés –dijo al cabo de un rato.

Kurt se detuvo un momento; parecía meditar. Luego siguió comiendo, tratando de desplazar con el mango del tenedor el trozo de *gulasch* hacia la punta del cuchillo.

–Tienes el tenedor al revés –repitió Alexander.

Lo dijo sin énfasis, sin ningún dejo admonitorio, para comprobar el efecto que los meros conceptos provocaban en Kurt. Efecto nulo. Cero. ¿Qué pasaba en esa cabeza, en ese espacio todavía demarcado frente al mundo por un cráneo y que seguía conteniendo una especie de yo? ¿Qué

sentía Kurt, qué pensaba mientras caminaba, a pasos cortos y torpes, por la habitación o, sentado a su escritorio por las mañanas, fijaba durante horas la vista en el periódico, según decían las cuidadoras? ¿Qué pensaba? ¿Pensaba siquiera? ¿Cómo era pensar sin palabras?

Por fin, logró poner el trocito de *gulasch* sobre la punta del cuchillo y, haciendo equilibrios a la vez que temblando de gula, se lo acercó a la boca. Se le cayó. Segundo intento.

En realidad, tenía gracia que el deterioro de Kurt comenzara por el habla, pensó Alexander. Kurt, el orador. El gran narrador. Aquella manera de posar en su famoso sillón..., ¡el sillón de Kurt! Y todo el mundo pendiente de sus labios cuando el señor catedrático contaba sus historietas. Sus anécdotas. Porque lo curioso era que en boca de Kurt cualquier tema se transmutaba en anécdota. Daba igual lo que contara –incluso los episodios del campo de trabajo que estuvieron a punto de costarle la vida–, siempre tenía ingenio, siempre tenía gracia. Mejor dicho, tuvo. Pasado concluso. La última frase coherente que acertó a pronunciar fue: He perdido el habla. No estaba mal. Comparado con su repertorio de hoy, todo un número de acrobacia verbal. Pero desde entonces habían pasado dos años. He perdido el habla... Y la gente pensó de verdad que, bueno, la había perdido, sí, pero que por lo demás... Por lo demás, parecía estar razonablemente bien. Sonreía, asentía. Hacía muecas que de alguna manera resultaban coherentes. Disimulaba astutamente. Sólo de vez en cuando le sucedían cosas extrañas. Como la de servirse vino tinto en la taza del café o de no saber qué hacer con el corcho en la mano..., para finalmente guardarlo en la estantería de los libros.

Balance lamentable: por el momento sólo había podido con un trozo de carne. Ahora se puso manos a la obra: em-

pleando los dedos. Y, cual criatura que prueba la reacción de sus padres, miró a Alexander desde abajo, de reajo. Luego se metió el trozo en la boca. Luego otro. Y masticó.

Mientras masticaba, levantaba los dedos sucios como en ademán de juramento.

–Si tú supieras –dijo Alexander.

Kurt no reaccionó. Por fin había encontrado un método: la solución del problema del *gulasch*. Se lo metía en la boca y masticaba. Un hilillo de salsa se le escurría por la barbilla.

Kurt ya no podía hacer *nada*. No podía hablar, no podía lavarse los dientes. Ni siquiera podía limpiarse el culo, uno podía estar contento si se sentaba en la taza para cagar. Lo único de lo que todavía era capaz, pensó Alexander, lo que hacía por impulso propio, le interesaba de verdad y despertaba el último resto de su astucia, era comer. Ingerir alimento. No comía por placer. No comía porque le gustara (sus nervios gustativos, de eso a Alexander no le cabía duda, estaban completamente destrozados tras varias décadas de fumar en pipa). Comía para vivir. Comer = vivir, esa fórmula, pensó Alexander, la había aprendido en el campo de trabajo, y a conciencia. De una vez para siempre. La gula con que se metía los trocitos de *gulasch* en la boca no era otra cosa que voluntad de supervivencia. Era lo último que quedaba de él. Lo que le mantenía a flote, lo que seguía haciendo funcionar ese cuerpo, esa desbocada máquina cardiocirculatoria que se mantenía en marcha sola, y que, como era de temer, aún tendría para largo. En efecto, Kurt les había sobrevivido a todos. Había sobrevivido a Irina, y ahora existía la posibilidad real de que también le sobreviviera a él, Alexander.

En su barbilla se formó una gruesa gota de salsa. A Alexander le asaltó el poderoso afán de hacerle daño: arran-

car un pedazo de papel de cocina y limpiarle rudamente la cara manchada.

La gota temblaba, se despeñó.

¿Fue ayer? ¿U hoy? En algún momento de los dos días que estuvo tirado en el sofá de piel de búfalo (inmóvil y haciendo esfuerzos, sin saber por qué, para no tocar el cuero con la piel desnuda), le vino la idea. Matar a Kurt. Más que una idea. Había barajado variantes: asfixiarlo con la almohada o, el asesinato perfecto, servirle un filete de ternera duro. Como aquel con el que casi se asfixió. Ya lívido, salió tambaleando a la calle y cayó al suelo inconsciente, y si Alexander, por instinto, no lo hubiera girado y estabilizado en posición lateral, y si junto con la dentadura no hubiera salido de su laringe la bola de carne casi esférica y amazacotada a fuerza de masticar, Kurt probablemente estaría muerto y Alexander se habría ahorrado esa derrota (al menos, ésa).

—¿Te has dado cuenta de que he estado un tiempo sin venir?

Kurt había empezado con la lombarda. Había adoptado la costumbre infantil de comer los compartimentos de forma sucesiva, uno tras otro: primero la carne, luego la verdura, después las patatas. Sorprendentemente, ahora volvía a empuñar el tenedor, incluso por el mango. Paleteaba la lombarda.

Alexander repitió la pregunta:

—¿Te has dado cuenta de que he estado un tiempo sin venir?

—Sí —dijo Kurt.

—Te has dado cuenta, pues. ¿Cuánto tiempo he estado sin venir: una semana o un año?

—Sí —dijo Kurt.

—¿O sea un año? —preguntó Alexander.

—Sí —dijo Kurt.

Alexander se echó a reír. Y eso que a él, efectivamente, le parecía como si hubiera sido un año. Como si hubiese sido otra vida..., después de que la anterior se viera terminada con una frase banal:

–Por lo pronto le mando a la Fröbelstrasse.

Así decía la frase.

–¿Fröbelstrasse?

–El hospital.

Ya fuera, se le ocurrió preguntar a la enfermera si eso significaba que tenía que llevarse el pijama y el cepillo de dientes. La enfermera volvió a entrar en la consulta y preguntó si eso significaba que *el paciente* tenía que llevarse el pijama y el cepillo de dientes, y el médico le dijo que sí, que *el paciente* tenía que llevarse el pijama y el cepillo de dientes. Eso fue todo.

Cuatro semanas. Veintisiete médicos (hizo el recuento). La medicina moderna.

El médico residente, con pinta de bachiller, que le explicó los principios de la diagnosis en una estrambótica sala de ingresos donde, detrás de biombos, gemían los enfermos graves; el médico con cola de caballo que dijo que los maratonistas no tenían enfermedades peligrosas (qué simpático el hombre); la radióloga que le preguntó si a su edad todavía quería procrear; el cirujano que se llamaba como el carnicero; y, naturalmente, aquel Karajan con la cara picada de viruelas, el doctor Kaufmann, jefe de servicio.

Y veintidós facultativos más.

Y, seguramente, un par de docenas de ayudantes de laboratorio llenando probetas con la sangre que le fueron extrayendo, analizando su orina, examinando su tejido bajo el microscopio o metiéndolo en la centrifugadora. Todo para llegar al pobre y francamente infame resultado que el doctor Kaufmann resumió en una palabra:

–Inoperable.

Eso había dicho el doctor Kaufmann con su voz leñosa, su cara picada de viruelas y su peinado a lo Karajan. Inoperable, decía meciéndose en su silla giratoria mientras los cristales de sus gafas refulgían al compás del balanceo.

Kurt había vaciado el compartimento de la lombarda. Ahora atacaba las patatas. Estaban secas. Alexander sabía lo que pasaría si no se apresuraba a ponerle un vaso de agua: las patatas secas se le atascarían en la garganta provocándole un hipo rugiente como si fuera a echar las mismas tripas. Seguramente se le podría asfixiar también con patatas secas.

Alexander se levantó y llenó un vaso con agua.

Kurt, qué curioso, sí fue *operable*: le extirparon las tres cuartas partes del estómago. Y con el resto de su aparato gástrico siguió comiendo como si esas tres cuartas partes se las hubieran añadido. Fuese la comida que fuese, daba cuenta del plato. También en el pasado siempre lo había vaciado entero, pensó Alexander. No importaba lo que Irina le pusiera delante, él se lo comía y lo alababa. ¡Excelente! Siempre el mismo elogio, siempre el mismo «gracias» y «excelente», y sólo años después, tras la muerte de Irina, cuando a veces se daba la situación de que era Alexander el que cocinaba, éste comprendió lo desmoralizador, lo humillante, que debían de ser para su madre los eternos «gracias» y «excelentes». A Kurt no se le podía hacer reproche alguno. De hecho, nunca pidió nada, ni siquiera a Irina. Si nadie cocinaba, iba al restaurante o comía una rebanada de pan con mantequilla. Y si alguien cocinaba para él, se lo agradecía cumplidamente. Después echaba su siesta. Después daba su paseo. Después despachaba su correo. ¿Qué se podía objetar? Nada. Era justamente eso.

Kurt recogió los últimos grumos de patata con las puntas de los dedos. Alexander le tendió una servilleta. Y, efec-

tivamente, Kurt se limpió la boca, dobló la servilleta como era debido y la dejó al lado del plato.

–Escucha, padre –dijo Alexander–. He estado en el hospital.

Kurt negó con la cabeza. Alexander le cogió el brazo y volvió a intentarlo con firmeza.

–Yo –dijo señalándose a sí mismo– he estado en el hospital. ¿Entiendes?

–Sí –dijo Kurt, y se levantó.

–Aún no he terminado –dijo Alexander.

Pero Kurt no reaccionó. Caminó, a pasos cortos y torpes y con una sola pantufla puesta, hacia el dormitorio, donde se quitó el pantalón. Miró a Alexander con cara expectante.

–¿La siesta?

–Sí –dijo Kurt.

–Pues vamos a cambiarte los pañales.

Kurt se dirigió al baño, y Alexander creyó que había comprendido, pero una vez en el baño se bajó un poco el pantalón pañal y meó a chorro vivo en el suelo.

–¡Pero qué haces!

Kurt levantó la mirada asustado. Ya no pudo dejar de orinar.

Después de que Alexander lo hubiera duchado y acostado y pasado el mocho por el suelo del baño, el café se le había enfriado. Consultó el reloj: las dos. La cuidadora del turno de la tarde no vendría hasta las siete. Pensó un momento en si abrir ya la caja fuerte, coger los veintisiete mil marcos y largarse. Pero decidió esperar. Quería hacerlo ante los ojos de su padre. Quería explicárselo, aunque no tenía sentido. Quería que Kurt dijera que «sí», aunque «sí» era la única palabra que podía pronunciar.

Fue con el café al salón. ¿Y ahora qué? ¿Qué hacer con

el tiempo perdido? Volvió a sentir rabia por haberse sometido al ritmo de Kurt, y esa rabia se sumó a la ya notoria rabia que sentía contra aquella sala que ahora, después de haber pasado allí cuatro semanas, le pareció todavía más horrible: cortinas azules, paredes azules, monocromía azul. Porque el azul era el color favorito de la última Dulcinea de Kurt... Qué idiotez, a los setenta y ocho años. Hacía apenas seis meses que habían enterrado a Irina... Incluso las servilletas, las velas, ¡azules!

Durante un año los dos se comportaron como colegiales. Se mandaban postales con forma de corazón y envolvían sus regalos de amor en papel azul. Luego la Dulcinea debió de notar que Kurt comenzaba a idiotizarse, y se largó. Atrás quedaba el *ataúd azul*, como le decía Alexander. Un mundo frío y cerúleo donde no habitaba nadie.

Sólo el rincón comedor estaba como siempre. Aunque, tampoco... Era cierto que Kurt no había tocado el enchapado de madera de la pared, el orgullo de Irina: ¡chapa auténtica! Incluso la llamada «sección de churros y mirinas» (en el alemán de Irina) seguía ahí, ¡pero en qué estado! Kurt, en el transcurso de su reforma, había descolgado aquella exuberante colección de grotescos souvenirs y regalos que a lo largo de los años había ido proliferando sobre el enchapado, le había quitado el polvo, seleccionado lo más «importante» (o lo que él tenía por tal) y vuelto a colocarlo en el enchapado conforme a un «orden laxo» (o lo que él tenía por tal). Había aprovechado «oportunamente» los huecos de los clavos existentes. La estética del término medio de Kurt. El resultado era el que era.

¿Dónde estaba el pequeño alfanje que el actor Gojkovic —nada menos que el gran jefe indio en todas las películas del Oeste de la DEFA— le había regalado a Irina? ¿Y dónde estaba el plato cubano que los camaradas de la fábrica Karl

Marx entregaron a Wilhelm cuando cumplió noventa, y al que éste, según contaron, arrojó un billete de cien sacado de su cartera, creyendo que le pedían un donativo para la Solidaridad del Pueblo...?

No importaba. Objetos, pensó Alexander... Nada más que objetos. Nada más que un montón de basura para el que viniera tras él.

Se encaminó al estudio de Kurt, que se encontraba en la parte opuesta de la casa (la más bella, según le parecía a Alexander).

Muy al contrario del salón, donde Kurt no había dejado títere con cabeza –cambiando incluso los muebles de Irina: sustituyendo, por ejemplo, la bella vitrina antigua por un horripilante trasto de tableros de aglomerado, eliminando hasta la encantadora mesita del teléfono, paticoja de toda la vida, y, cosa que Alexander se tomó particularmente mal, el reloj de pared: el viejo y amigable reloj que ronroneaba cada media hora en señal de que seguía desempeñando su función, pese a que al dispositivo del gong le faltara la cubierta, porque en sus orígenes había sido un reloj de pie que Irina, siguiendo una moda, sacó de su carcasa y colgó en la pared. Alexander recordaba hasta el día de hoy cómo su madre y él fueron a recogerlo, cómo ella no tuvo corazón para decirle a la anciana dama que se separaba de su reloj que en realidad no necesitaban la carcasa; cómo tuvieron que pedir ayuda a un vecino para meter el bulto entero en el vehículo, y cómo aquel armatoste que se llevaban completo para cubrir las apariencias sobresalía del maletero del pequeño Trabi, tanto que las ruedas frontales estuvieron a punto de desprenderse del suelo–, muy al contrario, pues, del salón reformado, en el cuarto de Kurt todo seguía igual, téticamente inalterado.

El escritorio estaba en diagonal, frente a la ventana; durante cuarenta años, tras cada renovación había sido re-

colocado exactamente en los huecos impresos en la alfombra. Lo mismo el tresillo con el sillón de Kurt, donde éste se sentaba, encorvado de espaldas y doblando las manos, y contaba sus anécdotas. También la gran estantería sueca (¿por qué *sueca*, en realidad?) seguía tal cual. Las baldas se combaban bajo el peso de los libros; aquí y allá, Kurt había insertado una tabla adicional, de un color no del todo a juego, pero el orden cósmico continuaba invariable; una especie de última copia de seguridad del cerebro de Kurt: ahí estaban las obras de consulta a las que el propio Alexander había recurrido de vez en cuando (¡Pero has de devolverlas a su sitio!), los libros sobre la Revolución Rusa, los tomos pardos rojizos de Lenin alineados en fila, y a la izquierda de éste, en la última sección, debajo del archivador con la severa inscripción de PERSONAL, seguía –Alexander hubiera podido sacarlo a ciegas– el ruinoso tablero de ajedrez plegable tallado alguna vez por un anónimo recluso del gulag.

En el transcurso de cuarenta años a aquel mueble sólo se le incorporaron, aparte de más libros, los souvenirs, pocos aunque originalmente numerosos, que los abuelos habían traído de México; la mayoría de aquellas reminiscencias se regalaron o malvendieron en una operación precipitada tras su muerte, ni siquiera las pocas cosas de las que Kurt, curiosamente, no quiso separarse lograron ser incorporadas a la «sección de churros y mirinas», supuestamente por falta de espacio, pero en realidad porque Irina nunca pudo superar su odio a todo lo que procediera de la casa de los suegros. Por tanto, Kurt las intercaló «con carácter provisional» en su estantería sueca, donde continuaron «provisionalmente» hasta la actualidad: la cría de tiburón disecada cuya piel áspera había impresionado a Alexander de niño, la colgó con cinta de regalo en uno de los travesaños; la atemorizan-

te máscara azteca seguía boca arriba en el compartimento de la vitrina donde estaban los innumerables vasitos de aguardiente; y la gran caracola de color rosa en la que Wilhelm había instalado una bombilla –sin que nadie supiera cómo– continuaba, sin conexión eléctrica, sobre uno de los armarios bajos.

De nuevo no pudo menos que pensar en Markus, su hijo. No pudo menos que imaginárselo rondando por ahí, con capucha y auriculares en los oídos –así lo había visto por última vez, dos años atrás–, imaginárselo de pie ante la biblioteca de Kurt y golpeando levemente en los anaqueles con la punta de la bota; palpando las cosas que se habían acumulado allí en cuarenta años y tasando su valor de uso o potencial de venta: prácticamente nadie le compraría el Lenin; por el tablero de ajedrez plegable a lo mejor le darían cuatro marcos. Probablemente sólo le interesarían la cría de tiburón disecada y la gran caracola rosada, que colocaría en su cuchitril sin ponerse a reflexionar sobre su origen.

Por un segundo le surgió la idea de llevarse la caracola para tirarla al mar del que provenía. Pero enseguida la escena le pareció propia de una mamarrachada de televisión, de modo que desechó la idea.

Se sentó ante el escritorio y abrió la puerta de la izquierda. Al fondo del cajón central, en la viejísima caja de papel fotográfico ORWO y oculta bajo tubos de pegamento, estaba, desde hacía cuarenta años, la llave de la caja fuerte. Y ahí seguía (de pronto tuvo la disparatada ocurrencia de que podía haber desaparecido, lo que daría al traste con sus planes).

Guardó, por si acaso, la llave –como si alguien todavía pudiera quitársela– y tomó un sorbo del café frío.

Curioso lo diminuto que era el escritorio de Kurt. En esa mesita había redactado su obra. Ahí se sentaba, con una

postura más que cuestionable desde el punto de vista médico, en una silla que representaba un desastre ergonómico, fumaba sus pipas, bebía su agrio café de filtro y aporreaba su máquina de escribir usando el sistema de los cuatro dedos y medio, tac-tac-tac-tac, ¡Papá está trabajando! Siete páginas al día, ésa era su «norma», pero a veces ocurría que a la hora de la comida ya proclamaba: ¡Hoy doce páginas! O bien: ¡Quince! Así, a golpe de tecla, llenó un cuerpo completo de su estantería sueca, un metro por tres y medio, todo repleto de aquellos tochos, «uno de los historiadores más prolíficos de la RDA», decían, e incluso si uno sacara sus contribuciones de las obras colectivas y sus artículos de las revistas en las que estaban encuadernados y los pusiera en fila junto con los diez, doce o catorce libros que había escrito, su obra ocuparía el ancho total del cuerpo, pudiendo competir con la de Lenin: un metro de ciencia. Por ese metro, Kurt bregó treinta años y fue durante treinta años el terror de su familia. Por ese metro, Irina preparaba la comida y lavaba la ropa. Por ese metro, Kurt recibió distinciones y condecoraciones —pero también alguna recriminación y, una vez, hasta una reprimenda del Partido—, regateó tirajes con las editoriales azotadas por la eterna escasez de papel, libró pequeñas guerras por títulos y formulaciones, tuvo que claudicar u obtuvo, con astucia y perseverancia, éxitos parciales. Y ahora todo era PAPEL MOJADO.

Así pensó Alexander. Tras la reunificación creyó poder anotarse al menos ese triunfo: todo eso, pensó, ahora estaba liquidado. Esa presunta investigación, ese cúmulo de medias tintas y medias verdades sobre la historia del movimiento obrero alemán que Kurt había parido a golpe de tecla, todo aquello, pensó, se vería barrido por el cambio, y de la llamada «obra» de Kurt no quedaría nada.

Pero éste, con casi ochenta años, se sentó una vez más

en su desastrosa silla y, a la chita callando y a teclazo limpio, engendró su último libro. Y aun sin convertirse en un éxito mundial –dos décadas antes, un libro donde un comunista alemán describiera sus años en el gulag posiblemente se hubiese convertido en tal (pero Kurt fue demasiado cobarde para escribirlo)–, no dejaba de ser, se quisiera o no, un libro importante, singular, «duradero», un libro como Alexander no había escrito ni seguramente escribiría jamás.

¿Acaso lo deseaba? ¿No había dicho siempre que lo atraía el teatro, precisamente porque era efímero? Lo de efímero sonaba bien. A menos que uno tuviera cáncer.

Las moscas danzaban a la luz del sol y Kurt seguía acostado. ¿No decían que la gente mayor dormía menos? Alexander decidió tumbarse un rato.

A punto ya de salir del cuarto, su mirada recayó en el archivador con la inscripción PERSONAL, que siempre le había atraído y que nunca se había atrevido a abrir, aunque de adolescente ni siquiera retrocedió ante la colección de fotos eróticas de su padre, hasta que éste hizo instalar una cerradura de seguridad en la puerta del armario.

Sacó el archivador. Notas, papeles. Copias de documentos. Arriba, varias cartas escritas con tinta violácea, habitual en la Rusia de antes.

«Queridísima Ira» (1954)

Las fue hojeando... Muy propio de Kurt. Incluso sus cartas de amor las escribía rigurosamente a dos caras, con caligrafía impecable, interlineado regular y llenando hasta el último resquicio del espacio, sin que al final de la carta los renglones se juntaran o apretujaran, sin añadidos al margen... ¿Cómo lo hacía? Además, esos encabezamientos chocantemente efusivos que le prodigaba:

«Querida, queridísima Irina» (1959)

«Mi sol, mi vida» (1961)

«Amada mujer, amiga mía y compañera» (1973)

Devolvió el archivador a su sitio y subió las escaleras hacia el cuarto de Irina. Se dejó caer en el gran sofá tapizado de una especie de piel de oso de felpa e intentó dormir un rato. Pero en vez de conciliar el sueño volvía a ver al Karajan picado de viruela que, como si le hubiesen dado cuerda, se mecía en su silla giratoria. Los cristales de sus gafas refulgían y su voz repetía machaconamente la misma frase... Era suficiente. Tenía que pensar en otra cosa. Había tomado una decisión, ya no había nada que pensar ni nada que decidir.

Abrió los ojos. Contempló los peluches de Irina, colocados ordenadamente sobre el respaldo, tal como los dispuso la mujer de la limpieza: el perro, el erizo, la liebre de la oreja chamuscada...

¿Y si se hubieran equivocado?

Absurdo, pensó, que Irina dijera hasta el último momento *tu cuarto. Vais a dormir arriba en tu cuarto*. De pronto la frase resonaba en su oído. No cabía imaginar un cuarto que representara mejor que éste la materialización perfecta aunque tardía de un sueño de muchacha adolescente: paredes color rosa; espejo rococó, con desperfectos pero auténtico; secreter pintado de blanco, junto a la ventana, donde a Irina le gustaba hacerse fotografiar en actitud pensativa. Y las frágiles sillitas-probablemente-también-rococó posaban tan grácilmente en la estancia que uno no se atrevía a sentarse encima.

En efecto, en cuanto trataba de imaginarse a Irina en ese lugar, la veía sentada en el suelo, en sus solitarias orgías, escuchando sus carraspeantes cintas de Vysotski y emborrachándose poco a poco.

Y allí estaba el teléfono, todavía el aparato de la RDA,

que antes se hallaba abajo. El mismo aparato en el que con voz átona dijo aquellas cuatro palabras:

–Sáshenka..., tienes... que... venir.

Cuatro palabras de la boca de una madre rusa cuyo mayor orgullo consistió en no haber pedido *jamás en la vida* nada a su hijo.

–Sáshenka..., tienes... que... venir.

Y tras cada palabra un crujido largo, atmosférico, de modo que uno estaba tentado a colgar pensando que la comunicación se había cortado.

¿Y él? ¿Qué dijo?

–Iré si dejas de beber.

Se levantó y se acercó al secreter pintado de blanco en cuyo laberinto de compartimentos secretos encontraron, después de su muerte, las reservas de alcohol. Lo abrió y comenzó a rebuscar como un adicto. Pero allí no quedaba alcohol. Volvió a arrellanarse en el sofá.

¿O dijo «emborracharte»? ¿Iré si dejas de emborracharte?

Dos semanas después acudió a la funeraria para resucitarla... No, acudió porque todavía había que resolver algunos trámites. Pero luego, en la calle, le sobrevino la idea obsesiva de que sólo podía resucitarla *hablándole*. Y, tras dar un par de vueltas a la manzana intentando disuadirse a sí mismo, terminó por entrar y pidió verla, y no abandonó su propósito ni siquiera cuando expertamente le aconsejaron que la conservara en la memoria tal y como había sido «en vida».

Entonces la trajeron en una camilla con ruedas. La cortina se cerró. Alexander se vio junto a un cadáver arreglado con negligencia que, había que reconocerlo, guardaba cierto parecido con su madre (aparte del rostro demasiado reducido y los plieguecillos en forma de acordeón sobre el labio superior), y no se atrevió a dirigirle la palabra en presencia de los dos empleados que acechaban detrás de la

cortina, tan pegados que veía sus zapatos bajo el borde inferior de la misma. Sólo para hacer algún intento le tocó la mano... y constató que estaba fría: fría como un trozo de pollo sacado de la nevera.

No, no se equivocaron. Había una radiografía. Había un TAC. Había resultados de laboratorio. No cabía duda: linfoma no-Hodgkin, del tipo de crecimiento lento. Para el cual —¡con qué delicadeza se expresaban!— no existía de momento una terapia eficaz.

—¿Y qué significa eso expresado en años?

Entonces el individuo se balanceó largamente sobre su silla, con cara de ofendido, como si pretender una respuesta a tal pregunta fuera una impertinencia, y dijo:

—No voy a darle ningún pronóstico.

Y su voz graznaba como la máquina de oxígeno del anciano con el que compartía habitación.

Cronometrías. Doce años: el final del régimen. Un tiempo inalcanzable. Así y todo, intentó ir tras sus huellas: ¿cuánto pesaban doce años?

Claro que los doce años previos a aquel final le parecieron desproporcionadamente más largos que los doce años después. 1977: ¡una eternidad! En cambio, 1989: como deslizarse por un tobogán, como un viaje en tranvía. Y eso que pasaron cosas, ¿o no?

Él se había largado y había vuelto (aunque el país al que volvió había desaparecido). Había aceptado un trabajo decentemente remunerado en una revista de artes marciales (y lo había dejado). Había contraído deudas (y las había pagado). Había puesto en marcha un proyecto de película (olvídalo).

Irina había muerto: *seis años*.

Había dirigido diez o doce o quince obras de teatro (en salas cada vez menos importantes). Había estado en España,

Italia, Holanda, Estados Unidos, Suecia, Egipto (pero no en México). Había follado con un número incierto de mujeres (ya no atinaba a hacer el recuento de sus nombres). Había vuelto a embarcarse —después de un tiempo de merodeo— en algo así como una relación estable...

Había conocido a Marion: *tres años*.

Le parecieron más.

Se acordó de que quería informarla. Al fin y al cabo fue la única que lo visitó, aunque también a ella le había pedido expresamente que no lo hiciera. Pero debía admitir que después no resultó tan penoso. No, no estuvo, como había temido, exageradamente solícita. No trató de animarlo con frases hechas. No le llevó flores, sino una ensalada de tomates. ¿Cómo supo que era justo lo que le apetecía en ese momento? ¿Cómo supo que tenía francamente pánico a que le llevaran flores al hospital?

Preguntado de otra manera: ¿por qué no era capaz de querer a Marion? ¿Era demasiado vieja? Tan vieja como él. ¿Tenía que ver con las dos o tres vénulas azules que traslucían sus muslos? ¿Tenía que ver con él?

«¡Querida, queridísima Irina!... ¡Mi sol, mi vida!»

Él nunca había escrito en estos términos a ninguna mujer. ¿Estaba eso pasado de moda? ¿O sería que Kurt amaba a Irina? Ese cabrón y tiquismiquis, esa máquina llamada Kurt Umnitzer, ¿había logrado *amar*?

Alexander, ante esa sospecha, se sintió tan mal que tuvo que ponerse de pie.

Eran poco después de las dos y media cuando bajó las escaleras. Kurt seguía dormido. Sabía que Marion estaba en el vivero y que era demasiado temprano para llamar. En cambio, llamó a información. En realidad, quiso ir directamente al aeropuerto. Pero ahora estaba llamando, y la ope-

radora le pasó con otra extensión, y así sucesivamente hasta que dio con el puesto de información correcto. Sin embargo, dudó cuando le dijeron que no había ningún problema para reservar un vuelo para el día siguiente. Siempre que dispusiera de tarjeta de crédito.

Disponía.

—¿Entonces hago la reserva? —preguntó la señorita al otro extremo de la línea, nada descortés pero sí con un tono indicador de que no quería entretenerse eternamente con esa bagatela.

—Sí —dijo, y dio el número de su tarjeta de crédito.

Cuando colgó eran las 14.46. Permaneció un rato en la penumbra esperando que alguna sensación hiciera acto de presencia. Pero no fue el caso. Sólo se acordó de la melodía, del ancestral 78 RPM de la abuela Charlotte, que en la mudanza se le había caído sobre la acera haciéndose añicos:

*México lindo y querido,  
si muero lejos de ti...*

«Coge el nenete.» ¿Cómo seguía? Se le había olvidado. ¿Aún se encontraría algo así en México? ¿Después de medio siglo?

Entró en el «ataúd azul», recogió su taza de café y la llevó a la cocina. Se quedó un instante en la ventana mirando al jardín. Buscó en la alta y dorada hierba, como debiéndole al menos ese segundo conmemorativo, el lugar donde antaño *baba* Nadia cultivaba, agachando el cuerpo durante varias horas, sus bancales de pepinos... Pero no vio nada. *Baba* Nadia seguía desaparecida sin rastro.

Fue a buscar la caja de herramientas y entró en el cuarto de Kurt.

Primero sacó el viejo tablero de ajedrez, ubicado a la

izquierda de Lenin, y lo abrió. También abrió el archivador con la inscripción PERSONAL. Agarró un mazo de papeles, la cantidad justa que cabía en el hueco del tablero plegable. Lo metió dentro. Fue a buscar una gran bolsa de plástico blanco en la cocina. Guardó en ésta el tablero. Con naturalidad absoluta. Tranquilo, seguro, como si lo tuviera planeado desde hacía mucho tiempo.

El dinero, pensó, también lo guardaría en la bolsa.

Luego, removiendo en la caja de herramientas, sacó el formón de hoja ancha, tantas veces desnaturalizado, y lo hincó en el intersticio de la puerta del armario bajo, clausurada con la cerradura de seguridad. Ruido crujiente, madera astillándose. Más difícil de lo que pensaba. Tuvo que sacar todos los cajones de la otra mitad del mueble para que el tabique medianero cediese y la puerta se abriera de un golpe. Fotos. Un juego de naipes eróticos. Vídeos. Revistas del mismo género... Y allí estaba: la larga caja de plástico rojo con las diapositivas. Sólo la había abierto una vez, sostenido a contraluz la primera de ellas, donde reconoció a su madre medio desnuda y en una pose que no dejaba lugar a dudas, y devuelto rápidamente a la caja.

Fue a buscar la cesta de la ropa en el baño y lo metió todo dentro.

La única estufa que había quedado en el piso se encontraba en la gran sala. Llevaba años sin usarse. Alexander cogió papel de periódico, un par de sujetalibros de madera de la estantería sueca de Kurt —las dos lechuzas— y el aceite de freír de la cocina. Empapó el papel en el aceite. Prendió fuego a todo aquello...

De pronto, Kurt apareció en el umbral de la puerta. Sonriente, reposado. Las flacas piernecitas emergían de su pañal. Tenía el pelo disparado hacia todos lados, como las ramas del manzano. Se acercó con gesto curioso.